

compone de pobres y ricos, de nobles y plebeyos, de sanos y enfermos, de los que viven con prosperidad y los que gimen en el infortunio. Dios es autor de todas estas diferencias, y debemos someternos á sus decretos, sabiendo que todo lo gobierna con su clemencia y su justicia, y que todo es efecto de su providencia. Nuestra razon se turba, viendo que la virtud padece, y que la iniquidad triunfa; pero la religion nos enseña que si un Dios justo y santo permite este desórden aparente, tiene razones secretas dignas de su sabiduría, y que un día las conoceremos. ¡Infeliz de aquel que corresponde á los bienes que Dios le hace con iniquidades! ¡dichoso el que en medio de las tribulaciones no pierde á Dios de vista, que besa la mano que le hiere, y que lleno de confianza espera que sus aflicciones se convertirán en consuelos! La prosperidad nos endurece, y el hombre necesita de contratiempos que le despierten y que le adviertan que no es esta la tierra del reposo.

La tercera es la de amar al prójimo como á nosotros mismos. Este es el precepto que inculcaron mas Jesucristo y los apóstoles, queriendo que amemos hasta nuestros enemigos, y que hagamos bien á los que nos aborrecen y nos hacen mal. Como el hombre no puede tener en sí mismo con que pagar á Dios el bien que le hace, Dios subroga sus derechos en los otros hombres, y declara que tomará á su cuenta, y como pagado á él mismo, lo que se hará por ellos. A mas de esto promete grandes recompensas al que socorrerá á sus hermanos, y nos previene que este

es el punto en que será mas severo, añadiendo que este amor fraterno y esta caridad activa serán el atributo mas digno de la religion, la librea de sus discipulos, y el caracter de los Cristianos.

Es pues claro que las virtudes teologales son el principio y la corona de nuestras buenas obras; pero observemos que el hombre lleva siempre consigo un enemigo oculto que las combate y que, si no las destruye, trabaja por disminuir su efecto, que desde su juventud continuamente le inclina á lo malo y á las acciones viciosas. Como el hombre es compuesto de espíritu y de cuerpo, por un extremo toca á la linea de los ángeles, y por otro á la de los brutos. Parece que el espíritu dotado de razon debiera dominar al cuerpo, y gobernar sus afectos; pero, ¡ay! ¡cuántas veces los deseos del cuerpo pervierten á la razon, y la subyugan!

¡Dios mio! ¡qué inclinacion, que facilidad para el mal! ¡qué trabajo, que dificultad para el bien! ¡qué pasiones tan desenfrenadas que nos arrastran á la intemperancia y á los deleites! ¡qué ardor por obtener honores y riquezas, aunque para ellos se atropelle la ley de Dios y de la razon! ¡qué deseos de venganza, que nada los detiene! La juventud tiene sus vicios propios, y hasta la vejez los suyos; y en todos tiempos domina un impulso secreto que solo inspira lo que quiere el apetito, sin pensar en lo que le manda la virtud. Este desórden nace de la degradacion de la naturaleza, que quedó por el pecado inclinado á la tierra, y esclava de los bienes visibiles,

aunque caducos. Este es un efecto del amor propio, amor ciego, sin regla ni freno, que no quiere escuchar la razon, que prefiere su voluntad á la de Dios, y que, necio, busca la felicidad donde no está.

¿Qué remedio encontraremos á daño tan universal de que nadie está exento? La religion nos ofrece dos. El primero viene de Dios inmediatamente, y consiste en el socorro poderoso de su gracia, que se puede obtener con la oracion; el otro es aquel continuo esfuerzo que hace el buen cristiano para domar el amor propio, sujetándole de manera que quede subordinado al amor divino que debe quedar superior á todo. Este esfuerzo se llama mortificacion, y consiste en la negacion de la propia voluntad de que hablaré despues. La oracion es el ruego ó la súplica que dirigimos á Dios, para que nos conceda las gracias y socorros que necesitamos, tanto para la vida espiritual como para la temporal. Así la oracion no solo es útil y laudable, sino necesaria, porque sin ella es imposible practicar la virtud, y evitar el pecado. Esta es una verdad que enseña la religion, y confirma la Escritura; porque Dios, á pesar de su amor y de su magnífica liberalidad para el hombre, quiere que recurramos á su bondad, y que sepamos que no podemos hacer ningun bien saludable, ni perseverar en la justicia sin su socorro y asistencia.

Los hombres pues deben levantar continuamente su corazon al Autor de quien descenden todas las gracias, y que no solo las distribuye con magnificencia, sino que es nuestro padre, y jamas las niega al que se las

pide. Por esto su unigénito Hijo nos enseña en la oracion dominical que le subliquemos que no nos deje caer en la tentacion, y nos ha asegurado que todo lo que le pidamos, con tal que sea con confianza, lo obtendremos. Esto debe entenderse de los bienes espirituales; porque, en cuanto á los temporales, Dios sabe mejor lo que nos conviene, y aunque nos permite pedirselos, debe ser con subordinacion á su voluntad. El apóstol que sabia cuanto necesitamos del divino auxilio, quiere que nunca dejemos de pedirle, estó es, que le pidamos con frecuencia. Y Jesucristo, el gran maestro de la vida cristiana, nos dice (1): *Velad y orad*; estos son los dos remos con que se navega en el golfo del mundo.

La mejor regla para la oracion es seguir los documentos y el uso que la Iglesia ha establecido entre los fieles, y es dirigirse á Jesucristo, en cuya mano puso su divino Padre todo poder en la tierra y en el cielo, para que distribuya sus tesoros inagotables entre todos los que le adoran. Debemos pues dirigirnos confiados á este soberano Salvador, que reina en el cielo, y que nos da á cada instante tantas pruebas de su amor; á este amable Redentor que, despues de haber conversado con los hombres en la tierra, quiere todavía comunicar sin cesar con ellos por medio de la Eucaristía.

No olvidemos jamas que la Iglesia, tanto en la misa como en sus oficios dirige todas sus oraciones al Padre

(1) *Matth.*, xxvi, 41.

eterno todopoderoso, pidiéndole sus gracias por los méritos de su hijo Jesucristo, verdadero hombre y verdadero Dios; que estos méritos son infinitos, y que el Dios de las misericordias nos oye favorablemente cuando le pedimos en nombre de un Hijo que es toda su gloria y amor. La Iglesia reconoce que todo lo que nos viene de aquella mano poderosa es debido á sus merecimientos. Cuando los santos, y aun la misma Madre de Dios interceden por nosotros, no presentan sus propios méritos sino los de Jesucristo; ellos solos pueden ser eficaces, porque él solo es nuestro mediador. San Agustin dice que los santos ruegan en el cielo como lo hacian en la tierra, dando valor á sus oraciones por la interposicion de su Salvador y nuestro; y esta es la manera de orar que el Hijo de Dios nos enseñó cuando nos dijo (1): *Todo lo que pidiereis á mi Padre en mi nombre os lo concederá.*

Como Dios está en todas partes, y oye hasta los deseos del corazón, se puede implorar en todas partes; pero el lugar especialmente dedicado para esto es su templo. Allí está en el trono de su gloria y de su clemencia, principalmente si está en él su divino sacramento; porque este es un motivo mas para excitar nuestro reconocimiento y devocion, y el mejor prelude de la oracion es penetrarse de la presencia de Dios. La buena oracion no consiste en muchas palabras, ni en pensamientos ingeniosos; el divino maestro nos lo ha dicho. No es que le disguste el

(1) *Luc, v 31 y 32.*

que le pidamos mucho tiempo; pero ha querido advertirnos que Dios sabe lo que necesitamos, y no se deja ganar por el tiempo ó el adorno de las frases, sino por el ardor y pureza de la intencion. Un paisano grosero con su tosca espresion podrá agradarle mas que el sabio mas instruido, porque Dios quiere que se le hable con el corazón mas que con la boca.

Procuremos pues postrarnos en su presencia con un corazón humilde, tan desconfiado de su flaqueza como confiado en la divina gracia. Pidámosle perdón de las culpas que la malicia ó la fragilidad nos hizo cometer, y socorro contra los peligros que nos amenazan cada instante. Cuando la fe nos dice que estamos delante de un Dios que penetra nuestros corazones, casi es imposible que estemos sin respeto, ni que cometamos la mas ligera irreverencia. Pues si es cierto que da gracia á los que le invocan con humildad, tambien lo es que puede castigar al instante al temerario que olvida estar á su vista, y que nuestra existencia es un don que renueva en cada momento.

Así pues... Pero, señor, arrebatado por mi zelo, no considero que abuso demasiado de vuestra paciencia, fatigándola con discursos tan dilatados; y como aún me queda que deciros, os suplico me deis licencia para continuar mañana. Yo di gracias al venerable varon por su zelo caritativo, y él se retiró. Yo, Teodoro, al instante me puse á trabajar, porque mis ocupaciones se habian aumentado. Al instante pues tomé la pluma para escribir el discurso del día, que es el que contiene esta carta, y me quedase tiempo

para estudiar mi leccion, y aprender lo que el padre me habia encargado. Te aseguro que estudiaba noche y dia con gusto, y, á Dios gracias, con aprovechamiento. A Dios, amigo.

---

 CARTA XIX.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

AMIGO mio : Como la mañana del dia de que te voy á instruir, me trajo un momento de mucho consuelo; empiezo por darte la buena noticia, y es que al instante que me desperté procuré repetir mis oraciones para saber si habia podido grabarlas en mi memoria, y las repetí todas tan bien, que no me detuve un instante en nada. Las dije muchas veces, y siempre tan de seguido, que no pude dudar que ya las sabia. Mi regocijo fue tan grande, que cuando vino el padre se lo dije. Me pareció satisfecho, y me respondió que presto con el auxilio de Dios haríamos uso de ellas; entre tanto, me añadió, continuemos nuestro asunto de ayer, que tambien conduce al mismo fin. Despues que nos sentamos me dijo :

Haced una reflexion, señor, y es que entre todas las criaturas que existen en la tierra el hombre es la única á quien Dios ha concedido la razon, la única que puede elevarse al conocimiento de su Criador; y que pues el hombre solo es el que conoce aunque imperfectamente su principio y su fin, es claro que todo lo demas que Dios ha criado y que conserva no puede ser sino por él; y para él; que todo debe hacerle conocer su dependencia de tan grande soberano, y por consiguiente inspirarle una gratitud